



GRAN DEALOGO

en el que se refiere el chasco ocurrido entre seis gallegos, cambiando uno de ellos a la esposa por una burra de leche y 5 duros más, con lo demás que verá el curioso lector.

Atended, señores míos, el cambio que hizo un gallego en la noche de los Santos en la corte por más cierto, llamado José Ferreira, y otros cuatro compañeros.

Para ver los campos-santos salen á dar un paseo y en el camino se encuentran el tío Juan el burrero el que reparte la leche para sanidad del pueblo.

—Dios le guarde, amigo Juan, todos cinco le digeron, y el anciano contestó:

—Venid con Dios, caballeros.

—¿Se vá por el campo-santo?

—Si señor, porque es el tiempo, y como ha muerto mi esposa,

á rezar un Padre nuestro voy allá porque descanso con Dios en su santo reino.

—Pues vámos todos juntos, adelante camicemos.

Y despues de concluir á la corte se volvieron, visitando las ermitas

y rezando Padre nuestros á los santos de cristal empinando blanco y negro, hasta que ya la mañana fué tomando tanto cuerpo, que con dios Baco reñían formando mil argumentos.

Uno lo dá de valiente más que Roldán á Ontivero, otro que tiene en su tierra posesiones y dinero; y otro le dá por llorar que era el tío Juan el burrero, formando su ojos fuentes, que era un puro desconuelo, y le pregunta Ferreira:

—¿Porque lloras, compañero?

—Pues no lo sabes tu bien el sentimiento que tengo: que se ha muerto mi mujer y que con tres pequeñuelos me ha dejado en tal desgracia rodando por esos suelos.

—¿Que edad tienen los rapaces?

—Veinticinco el más pequeño

—¿Pero son meses ó años? al fin nos enten deremos.



Juan más bruto
—Años, años, hombre años.
—Y yo digo cuernus, cuernus,
que ya pueden los rapaces
correr más tierra que un neó,
que la canten un responso
y tambieu el filis deo
a esa mujer por quien tiene
tanta pena y sentimiento,
para abrigaríe los pies
gran falta le está á usted haciendo
y si me compra la mia
mire usted que se la vendu.
—Pues la pondremos en trato
y tu me pides el precio
y si es que me conviene
los dos nos arreglaremos.
—Ella es noble y virtuosa
y asendosa al mismo tiempo
y puedes vivir seguro
que no te pondrá los cuernos.
—Que los ponga ó no los ponga
eso despues lu veremus,
que por uno que me ponga
la pondré más de doscientos,
y a mi me dejas de paja
que grano es lo que yo quiero.

Y los demás contestaron:

—Aglerrarse, caballeros.
—Echa usted viuo, Perico.
—Toca la gaita, Aniceto,
bailaremos la muñeira
y el trato confirmaremos.

Y se levantó Ferreira
estas palabras diciendo:

—Señores voy á orinar,
y se sale para afuera
murmurando de su intento.
¿Que me pueden criticar
por que á mi mujer la vendu?

Eso es entrar en la moda
que hoy anda en los caballeros.
¿No se venden señurones
con haciendas y dineros,
pueblus, villas y ciudades,
cetrus, coronas y reinus,
y se cambian la camisa,
asi tambien de pelleju
y se vende generales
con numerosus ejercitus?
que yo venda á mi mujer.

que ya hace mucho tiempo
que por falta de haber pan
de estorbu me está sirviendu;
porque parece que tiene
el hambre por alimentu,
pues que es capaz de tragarse
más de duscientus morterus
y las ametralladuras
que el prusiabo en su impetu,
ha constraido con arto
para barrer otro imperiu.
En fin que voy á venderla,
que sija y sija el comerciu,
mientras tenja que vender
yo no he de estar sin dineru
y si alguno me comprara
hasta yo mismu me vendu.
—Dios le guarde, amigo Juan,
con que arreglemus esu?
—¿Lo has pensado bien, José?
—Yo bien pensado lo tengü.
—¿Y quanto quieras por ella?
—Me darás cuatro mil reales
que esu es bien poca dineru.
—¿No sabes que en ese precio
se pueden comprar un cientu?
—Pero no comu la mia
con tal sanduja y saleru,
que mi mujer es más santa
que Santa Rita en el cielu,
con un cuerpo tan jallardu,
un pié pulido y pequeñu
y una gruesa pantorrilla,
y lueju con un meneu,
que cuando va por la calle
rieja flores por el suelo,
tiene estrechita cintura
y abultadita de pechus,
la poca comu en piñon
y con unos ojos negrus,
que con sus dulces miradas
me deja los hombres muertos;
blanca como el alabastru,
y rubitu sus cabellus;
en fin la sal de Jalicia,
y si no te hallas conteutu
me la vuelves á traer
y te devuelvu el dineru.
—Pero á doscientos duros
las veo yo de muy lejos,
si me la quieres cambiar
por una burra que tengo

y si el trato se efectua:
por supuesto, siendo á pelo,
por que los cuartos de ahora
están más alto que el Cielo.

—Los diablos tiene usted, Juan,
usted está dadu al infiernu,
¿que le parece, Pericu?

¿será razón, Anicetu,
que yo cambie á mi muger
por la burra pelu á pelu?

—Pues es mi burra murisca
la que crió al niño terso
y de leche dá diariu
cutru cuartillus y mediu,
si quieres hacer el trato
has de aprovechar el tiempo,
te doy para el alboroque
hasta dos duros y medio.

—Ese no es razón, tio Juan,
dijo Pedro y Aniceto.

—¿Cuanto quieres tú, José!
—diez duros pucu dineiru.

—A partir la diferencia
y el trato se queda hecho.

—Venga una moneda, Juan!

—Aqui la tienes bien presto.

—Usted se vá por la burra
que mi muger vendrá prestu,
y aquel que se vuelva atrás
se le descoyunta un cuernu.

Salió Ferreira á la puerta
así entre dientes diciendo:
si me dan los cinco duros
puedu quedar muy contentu
porque si la burra es buena
llevu muger y dineiru,
pues que con otra me haré
que por tres cuartos y mediu
no hay duda que la hallaré,
pues bonito está ahora el tiempo.

Llegó y tocó á la puerta:
«Catali á armate prestu
para que vengas con miju
pues cun otro amu te he puestu».

—Siempre serán coas tuyas
borracheras cuando menos,
¡ay Dios mio como viene!

¡Señor si se está cayendo
con la tormenta que trae!

Salir contigo no quiero
no sea que aquella valia
á dispararnos un trueno.

—Pues mira que si descorja
será chaparron y medio,
y si no marchas delante
te rompu todos los huesos.

Dirigiendose á la tienda
donde se hallaba Aniceto
las otros tres y el tio Juan
con la burra por el diestro,
la que entrando haciendo gesto
ai ver el cuadro gracioso
que dava risa el verlos.

Ferreira cogió la burra
y cinco duros devueltos,
y le dice: adios, amiju,
bien casadu te haya el Cielo,
ahí te queda mi muger
que yo me marchu currendu.

Cuando la muger se entera
que el cambio era de cierto
por la burra y cinco duros,
se tiraba de los pelos.

—Señora, venga conmigo
decia el tio burrero.

—Que vall n todos los diablos
y os lleven á los infiernos,
que aunque yo casada soy
no me cambio ni me vendo,
nadie tiene autoridad
ni mi marido derecho
de venderme como esclava,
que vay á vender á un negro.

—Si usted no vien conmigo
una botetada la pego:
y sacando una navaja
se dirige para el viejo,
y acude la autoridad
al escándalo que dieron
y enterandose el alcalde
por el mismo tabernero
en la prevencion los zompan
hasta ver aquel enredo.

Mientras que Jose la burra
la vendió por treinta pesos,
y entre bromas y algazaras
se gastó todo el dinero.

A los dos dias le prenden
y en la cárcel lo metieron,
y un gran juicio de faltas
celebraron al momento.

Al toque de campanilla
entró la muger primero.

—Soy esposa de Ferreira



y á pedir justicia vengo.
—?Que quiere usted de su esposo
=Que á mi me anda vendiendo
con sus grandes borracheras,
y vivir con él no quiero.
=Que pase adentro Ferreira.
=Buenos dias, caballero,
=Diga usted cómo se llama,
y el secretario escribiendo.
=Me llamo Jusé Ferreira
y soy nieto de mi abuelo
y sobrino de mi tia
que allá en la tierra la tengo.
=¿Y con algun alcornoque
no has contraido parentesco?
¿Y cómo has hecho ese cambio?
=Yo, señor, ya no me acuerdu,
porque me habia bebida
veinte cuartillus y media,
y mi cabeza tiraba
mucho más que todú el cuerpu.
=Que venga el interesado.
Y entra el miserable viejo.
=Me llamo Juan Perdigon,
yo solo saré el que pierdo
=¿Y como ha sido ese trato?
=No aun yo presente lo tengo:
más es lo cierto, señor,
que sin la mujer me encuentro,
y chispadu y sin dineiru.
=Preséntense los testigos
por ver si se aciara esto,
— Yo soy Juan Mostagan
y á decir la verdad vengo
porque la tengo estudiada,
bastante mejor que ellos,
en la noche del dia dos
con todos mis compañeros
me colé en una taberna
y de allí á poco tiempo
despues que me habia tragado
más de quinze gorros lleuos,
se me iba la cabeza,
la vista no digo ménos,
para mi todo volaba
como tren que vá corriendo,
y viendo que no podia
con mi cabeza aquel peso,
la dí con ella á la mesa
y allí me quedé durmiendo

— De ese trato de la burra
es lo que saber queremos
— Que burra ni que demonios
si nunca he sido burrero.

Y con planta de elefante
entra el segundo diciendo:

— Soy Aniceto Teatiña
de Lugo mi nacimiento,
de Pontevedra mi padre
y de Sautiágo mi abuelo.

Soy gaitero del lugar
que divierto á todo el pueblo,
y á la noche me llamaron
todos estos caballeros,

y además de uo pagarme,
la gaita me la rompieron

— Y del trato de la burra
zuo sabes nada de cierto?

— No se que fué de la gaita,
de la burra mucho ménos.

— Están bien los declarantes
merece un sainete esto.

Adelante otro testigo.

— Yo soy Juan Valdepeñas
y bajo de juramento
vengo a decir la verdad
como hombre ya de pese.

Esta noche ó la otra noche
ya yo no se si me acuerdo
en fin entré en la taberna
en donde yo anduve agatas
hasta perder el sombrero,
y los cuartos me gasté
porque no tango dinero
Otro dice: yo también los gaité
Otro la gaita me la rompieron.

Y armaban una algarabía
como Moros de Marruecos,
hasta que el juez enfada to
se levanta así diciendo:

Que toda cofradía
de San Mosto y de Sarmiento
que lo juzgue allá el Dios Baco
que es el Juez de todos ellos
y que salgan á la calle
que no qu oro más mareo.

Y al to ac la campanilla
ajudieron al momento
y á empujones los echaron
á los profundos infiernos: